

Otro amigo, Francisco Vera, Director de la Biblioteca de *Ensayos*, en colaboración con Francisco Agustín, autor de un fervoroso libro, *Ramón Pérez de Ayala, su vida y obras*, ha dado cima, ampliándolo, a ese anhelo del Presidente de la Residencia de Estudiantes.

Para formar este *Libro de Ruth* han espigado en la obra del autor de *La Paz del Sendero* y han hecho una antología de ensayos y meditaciones digna del maestro.

En efecto, las mejores páginas de *Tinieblas en las cumbres*, *A. M. D. G.*, *La pata de la raposa*, *Troteras y Danzaderas*, *Luz de Domingo*, *Belarmino y Apolonio*, *Luna de miel, luna de hiel* y *Tigre Juan*, ocupan un sitio preciso en la serena arquitectura de este libro.

Libro en el que, como un hilo conductor, un anhelo de unidad va ordenando las páginas arrancadas de los diversos volúmenes de la extensa y profunda obra ayalina, y les da la geométrica ubicación de un tratado en que, con palabra de belleza, se habla al espectador de temas de amor y pedagogía, de estética y filosofía, de educación sexual y donjuanismo, de la amistad y la Compañía de Jesús, del Estado y la Iglesia, la cuestión económica en la boca de un fraile y la teoría belarminiana.

Bien hace Pérez de Ayala en no rehuir la responsabilidad de *El Libro Ruth*. Es el caso raro de una selección que agrada al autor seleccionado, a los autores de la selección y a los amigos y admiradores de la obra seleccionada.

FLOR NUEVA DE ROMANCES VIEJOS, por *Ramón Menéndez Pidal*.—Ediciones de *La Lectura*.—Madrid, 1928.

La ceguera transitoria del maestro encontró en Jimena, la esposa abnegada, la «Antígona que recreó sus días de tedio, llevándolo a sacar del olvido este Romancerillo, que estaba hacía muchos años arrumbado».

Cinco partes esenciales constituyen este nuevo libro que la cultura española debe al más infatigable de sus animadores.

Contiene el libro primero los Romances del Rey Rodrigo; el segundo, el Bernardo del Carpio; el tercero, la Historia de los

Siete Infantes de Lara; el cuarto, los Romances del Cid; el quinto, los Romances fronterizos y moriscos, y el sexto, Romances pastoriles y villanescos.

Recopilados de la tradición antigua y moderna en sus más diversas variantes de las regiones de España y América y cer- nidos en la crítica sabia y erudita de don Ramón Menéndez Pidal, no han perdido su sabor ingenuo y primitivo tan exaltado en las páginas de Azorín.

Oigamos, si no, el *Romance de don Tristán de Leonís y de la reina Iseo, que tanto amor se guardaron*:

Herido está don Tristán
de una muy mala lanzada,
diérasela el rey su tío
por celos que de él catava,
diósela desde una torre
con una lanza herbolada:
el hierro tiene en el cuerpo,
de fuera le tiembla el asta.

Mal se queja don Tristán,
que la muerte le aquejaba:
preguntando por Iseo
muy tristemente lloraba:
«¿Qué es de tí, la mi señora?
Mala sea tu tardanza,
que si mis ojos te viesen
sanaría esta mi llaga».
Llegó allí la reina Iseo,
la su linda enamorada,
cubierta de paños negros,
sin del rey dársele nada:
«¡Quién vos hirió, don Tristán,
heridas tenga de rabia,
y que no hallase maestro
que supiese de sanallas!»

Júntanse boca con boca,
juntos quieren dar el alma:
llora el uno, llora el otro,
la tierra toda se baña:
allí donde los entierran
nace una azucena blanca.

El aparato científico de este libro, profundo y grave como todos los de Menéndez Pidal, no impide la nota fina y a veces emocionada del hombre que estudia con amor estas flores de primitiva poesía.

Viñetas de sobria estilización ilustran el *Proemio* y los diversos romances, y notas eruditas aclaran el sentido de esta bella obra de filólogo, de artista y de español.

Hay que agradecer a Menéndez Pidal y su escuela este nuevo concepto que preside su vasta labor humanista y que ha transformado los temas de árida erudición en secundos motivos de sabiduría y de belleza.

LAS IDEAS Y LAS FORMAS por *Eugenio d'Ors*.—*Editorial Páez*. Madrid, 1928.

El antiguo sindicalista barcelonés y actual miembro de la Real Academia Española continúa en estos estudios sobre morfología de la cultura en su irónica actitud de escucha de las palpitaciones de los tiempos.

Estudiando el glosador las *aporias* o argumentos de Zenón de Elea pensó en la posibilidad de aceptar, por lo menos hipotéticamente, la existencia *física* del punto, insinuación aparentemente humilde pero llena de gérmenes. Jean Nicod, joven filósofo francés caído en la guerra, formado en Cambridge y la Sorbona, discípulo de Bertrand Russell, autor de dos tesis—una sobre la geometría sensible, otra sobre el problema lógico de la inducción—, había dado firme y gloriosa vitalidad a estos vislumbres que apuntaban en la obra del meditador de Cataluña.

Sobre el valor de su inteligencia, digamos sólo una palabra: Por primera vez, desde la desaparición de Henri Poincaré, hemos reconocido en Jean Nicod alguien con bastante autoridad para desmentirle.

Persiguiendo siempre la unidad la descubre, arquitectónicamente, en la cúpula; políticamente, en la monarquía; musicalmente, en el melodrama italiano, «donde la voz humana es